



BIBLIOTECA

861
Pφ6575

A17

PRÓLOGO.

Este venturoso *siglo de las luces y de la civilizacion*, en que fué voluntad de Dios hacerme nacer, juzgará que al escribir el presente libro no he tenido mas objeto que el de una lucrativa especulacion. El nombre de MARIA, impreso en su primera hoja, y el sagrado asunto de su divina historia esparcido por las siguientes, juzgará que es solo el cebo de que he discurrido servirme para explotar la devocion del pueblo católico de nuestra España; *pero el siglo de las luces y de la civilizacion*, á pesar de estos títulos que él mismo se aplica, y de los cuales quiera Dios que no sea ignominiosamente despojado por las edades venideras, se equivoca completamente.

Yo he escrito este libro bajo la inspiracion espontánea de una devocion sincera, concebida desde la niñez á la Madre de Dios, y á la luz de la fé pura y sencilla del Evangelio. He aquí una confesion que el siglo sábio afectará oirme con desdeñosa sonrisa, y que yo me complazco en hacerle sin desconcertarme ni correrme. Por

PROLOGO.

el contrario: cáusame compasion contemplar á mi siglo en medio de la fortaleza de su ciencia y de su civilizacion, sin atreverse á confesar en voz alta sus creencias religiosas, porque teme á su vez servir de mofa á *la despreocupacion*, ídolo contrahecho y repugnante que él mismo se ha creado, en cuya esclavitud se ha constituido él solo, y al que se ha visto obligado á adorar, para encubrir la vergonzosa verdad de que ha dado la vida á un monstruo, que ha esclavizado á su padre desde el punto en que nació. Yo tengo lástima y no miedo á un siglo que proclama la libertad y no osa decir lo que cree su conciencia, por un temor pueril del ridículo, quimera que solo ecsiste en su imaginacion asustadiza, cuando en su conciencia y en su esperiencia está plenamente convencido de que *sin fé, sin creencias, sin religion*, no hay prosperidad pública, ni felicidad doméstica, ni ciencia, ni civilizacion, ni libertad. El siglo de las luces no puede ignorar esto, una vez que es sábio y debe conocer la historia de los siglos que le han precedido: la de todos los pueblos, la de todas las revoluciones le debe de haber convencido de esa verdad inconcusa.

¿Por qué, pues, avergonzarse de practicar los preceptos ó las devociones de la religion en que se ha nacido? ¿Por qué esconder en el fondo de la familia y relegar á la soledad de la alcoba las demostraciones de una fé, á la que no podemos menos de volver los ojos en las tribulaciones de esta vida de tránsito que arrastramos sobre la tierra? Ningun pueblo del universo, ninguna secta religiosa tolerada, tiene empacho en la práctica manifiesta de las devociones de su creencia; solo los Católicos en estos últimos

PROLOGO.

años parece que nos proponemos dar á entender que tenemos por pobreza de espíritu las demostraciones esteriore de la fé que profesamos: como si las ciencias, la civilizacion y el progreso social estuviesen en contradiccion con Jesucristo, apóstol y mártir de la igualdad, cuya religion hace libres á los hombres en medio de la servidumbre, del cautiverio ó de la esclavitud. El sábio incrédulo, que sustituye el nombre de Dios con el de la naturaleza ante los espectáculos tranquilos de la creacion, como la presencia de las primeras flores, la salida del sol por encima de las montañas coronadas de nieve, y la alegre vista de las campiñas alfombradas con el movable tapiz de las mieses ya sazonadas y los viñedos que comienzan á verdear, busca en su corazon el nombre de Dios y no el de la naturaleza ante los espectáculos mas terribles con que esta le demuestra la omnipotencia de su Hacedor supremo; y en el fondo del camarote de la nave perdida y desarbolada por el huracán, no se acuerda de la naturaleza, en la que causas físicas producen la tempestad que amenaza sumirle en los senos inmensurables del mar irritado, sino de Dios, que puede salvarle de la muerte próxima, y enviar á su alma un rayo consolador de esperanza en las tinieblas de la borrasca. El sábio razonador y el incrédulo filósofo, invocan el nombre de MARIA con todo el fervor de que son capaces, cuando ven á los marineros del buque en que navegan, abandonar su casco maltratado á la merced de los vientos, y arrodillarse delante de sus escapularios invocando á gritos á la Madre del Redentor, entre los rugidos del trueno y á la luz de los relámpagos, únicas antorchas funerales que alumbr-

PROLOGO.

decir yo algunas palabras: yo, que debo de conocer su historia, puesto que, adorador ciego del ídolo devastador, he venido al fin á parar en torpe sacerdote de su deforme templo.

El demonio de la poesía se apoderó de la juventud y con ella de todas las clases de la sociedad. Una voz incendiaria, se alzó en el tumulto anunciando que era preciso derribar el edificio viejo de la literatura para reconstruirle: y cayeron las buenas tradiciones literarias bajo el peso de las desenterradas cántigas de los Trobadores, de los romances de Gaiferos y de la multitud de trobas lamentosas, desesperadas endechas y espeluznadoras leyendas que entonces á porfía se publicaron. Innumerables papeluchos aparecieron bajo el nombre de *periódicos de literatura y artes*, embadurnados con grotescos grabados y detestables litografías, los cuales, despues de vivir algunos meses con descrédito de las artes y de la literatura, murieron sin dejar siquiera un recuerdo y sin merecer una lágrima. Uno solo, cuya edicion esmerada y bellos dibujos eran acaso dignos de mas atención y mejor fortuna, quiso entablar una razonada polémica á favor de las nuevas doctrinas, aunque cediendo tambien á la esageracion y virulencia de la época; pero juzgado con precipitacion, ó desapercibido entre los demas, concluyó su existencia, en su vigor juvenil, sin lograr el fin que se habia propuesto. Los periódicos políticos, á imitacion de los de Francia, abrieron su folletín á las letras, y un nublado de poesías insulsas y de noveluchas disparatadas se introdujo en las familias, para acabar de perder el juicio de los hijos desaplicados y de las hijas marisabidillas y

PROLOGO.

romancescas. Este era tal vez el momento de la regeneracion literaria: este era el crepúsculo que debía de haber sido precursor de un dia sereno, esplendente y fecundador para la literatura nacional; pero aquí como siempre la esterilidad del *siglo de las luces* sofocó las semillas próximas á dar fruto, y la revolucion literaria, como la política, por intentar remontarse á mas altura de á la que podian subir sus tiernas alas, se fatigó por mucho tiempo en inútiles y mal dirigidos esfuerzos. La revolucion literaria, con peor suerte que la política, paró al fin en una vergonzosa bacanal, en la que el *demonio de la poesía* embriagó á la juventud, descarriando ó embotando su talento, y un enjambre de melenudos poetas nos desparramamos por la Península para inundarla, hastiarla, y embriagarla á nuestra vez con los desdichados y repugnantes engendros de nuestras imaginaciones calenturientas. Y he aquí el siglo! Ni un solo genio poderoso, ni una voz pujante y avasalladora se levantó en aquel Pandemonium, capaz de acaudillar aquella juventud, falta solamente de una bandera, privada solo de un capitan prudente y audaz que utilizase las fuerzas que realmente poseia. He aquí el siglo! No hubo un piloto que dominase aquella tripulacion desordenada, y que asiendo con brio el timon de aquella hermosa nave, próxima á salir del astillero para ser votada á la mar, la condujese magestuosamente sobre las ondas. El tumulto se apaciguó por sí solo, cansado y aniquilado por su mismo desorden: la juventud se desbandó sin gefe, y la hermosa nave de la regenerada literatura se pudrió en la playa, como una vieja é inútil barca abandonada por los pescadores. Los viejos y los maestros de la antigua es-

PROLOGO.

escuela clásica, sorprendidos por la nueva y turbulenta generacion de poetas, se encastillaron en el silencio, ó se adormecieron en la inaccion indignados ó sobrecogidos. Los jóvenes se lanzaron en alas de su delirante fiebre, y guiados por sus ya viciados instintos, á cantar imaginarios pesares, en composiciones notables solo por sus bárbaras y monstruosas formas; y como para usurpar el título de poetas no se necesitaban años de estudios, certificaciones universitarias, ni testimonios académicos, el *demonio de la poesia* se arrellanó sobre un mismo trono con la guerra civil, y la magistratura, el foro, el ejército y todas las clases de la sociedad se vieron invadidas por aquel turbion de poetastros. Pronto tuvieron los mas que reducirse á ser imitadores de algunos pocos, que procurando salvarse del naufragio universal, llegaron á la ribera asidos á las rotas tablas de las antiguas tradiciones. La reaccion comenzaba á efectuarse, pero necesitaba tiempo; el gusto del público se habia estragado completamente, escaldado su paladar por los acres y venenosos manjares de los sangrientos espectáculos importados de Francia, y mas todavía por la multitud de abortos que los parodiadores de aquella horrenda escuela le regalaron. *El demonio de la poesia* estendió su maligna y emponzoñadora influencia hasta la cátedra de la verdad, y tal vez se habló desde el púlpito de la purísima y celestial belleza de las vírgenes y de las mártires complaciéndose torpemente en las descripciones de sus torneados brazos, de su cuello y hombros velados solo por sus rizados cabellos y de su encantadora sonrisa, como pudieran describir los poetastros la hermosura impúdica de la dama de un castellano de los

PROLOGO.

tiempos feudales, ó de la favorita de un príncipe Musulman.

Tendamos un velo sobre tan insensatas profanaciones; ni á mí me toca ser el denunciador de semejantes abusos, ni estamos ya á Dios gracias en aquellos lamentables dias.

Basta empero lo espuesto para explicar otra de las razones que han influido en mí para emprender la composicion de mi libro de MARIA. Yo soy uno de aquellos jóvenes calenturientos, que se empeñaron con obstinada tenacidad en penetrar á la fuerza en el templo de la poesia, y amparado por la fortuna y aplaudido por la multitud fascinada, publiqué infatigable volúmen tras de volúmen, escribiendo desenfrenadamente versos sobre versos, como si fuera cuestion de velocidad ó de ganar el premio de una carrera. Como cae mas fácilmente á las manos un volúmen de una obra mala que consta de veinte, que el único de que consta una obra buena, mi fecundidad monstruosa me puso en moda, fuí mas leído que otros autores que en conciencia valian mas que yo, y los ciento cuarenta mil versos que llevo publicados me han formado, bien contra mi voluntad, un proselitismo, una escuela á cuya cátedra no he tenido intento de subir jamas: una cohorte de secretarios que sigue mis pasos, que copia mis pensamientos, que imita los metros en que eseribo, que se abandona á mis errores y extravagancias, y que pone mis versos á cuestion de tormento para prohijarles, concluyendo por creerlos parto original de su ingenio, cuando ha conseguido descoyuntarlos alterando su sentido, quitando la armonía á alguna feliz combinacion de palabras, ó destruyendo la solidez de construccion, que logro dar alguna vez á

PROLOGO.

pocos de los muchos que he producido: pero sin que en estas correcciones tuyas gane nunca nada mi primitivo pensamiento, ni en claridad, ni en armonía, ni en robustez, ni en precision. Lo mismo sucede á los demas escritores que han alcanzado por su mérito real y constante laboriosidad la reputacion que yo alcancé por el favor de la suerte y la oportunidad de mi aparicion en la escena literaria: pero mis prosélitos son intolerables y lo que es peor, infinitos. Considerando, pues, que no debo contribuir á la perdicion de sus almas, como he contribuido (aunque involuntariamente) á la perdicion de sus ingenios, he determinado variar de rumbo y dedicarme á la poesía sagrada: con lo cual, dado caso que no se aparten de mis huellas, sus rapsodias no ofenderán á la moral, no despedazarán la historia y las tradiciones, no indignarán el buen juicio de las gentes sensatas, que me tomarán al fin por su caudillo voluntario, y al menos sus versos, si los escriben con fé sincera, serán atendidos en el cielo aunque no sean apreciados sobre la tierra. Acaso sus almas me deberán la dicha de ser bien recibidas en el Paraiso despues de su muerte, y la sociedad me será deudora de un gran bien: puesto que, dando á mi escuela direccion tan santa, mis discípulos la darán buenos y piadosos ejemplos, ya que no bellas y castizas producciones.

Y esta es otra razon de las que he tenido para escribir este libro, y creo que cumplo con un deber de mi conciencia dando esta esplicacion á los que tienen *fé literaria*.

En cuanto al mérito é importancia que pueda yo atribuir á esta obra mia, poco tengo que decir; los que me conocen saben el poco aprecio en que tengo yo mis escritos.

PROLOGO.

MARIA es la obra del cristiano, no la del poeta. El poeta la tiene en tan poco como á sus demas obras: el cristiano la tiene en tanto como á su salvacion.

Mi corona poética de la Vírgen, ni en su argumento ni en su desempeño, tiene la pretension de la originalidad. ¿Qué dirá el poeta de MARIA que no hayan dicho los Santos Padres de la Iglesia?

Fácil me hubiera sido atestar de notas mi obra; pero no aspiro á pasar por erudito á los ojos del vulgo: los libros de donde pudieran tomarse notas para semejante obra son conocidos de todo el mundo, y la vida de la Vírgen últimamente publicada por el abate Orsini, contiene todo cuanto en esplicaciones y notas puede desear el curioso devoto.

Escaso de ciencia, é insuficiente de todo punto para llevar á cabo el divino pensamiento del libro de MARIA, declaro que le someto sin restriccion al juicio de la censura eclesiástica; y si mi ignorancia me arrastra á estampar en el contesto de mi obra alguna proposicion, alguna idea ó alguna palabra que no esté en armonía con los dogmas y doctrinas de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, desde ahora para entonces protesto que son involuntarias, que me retracto de ellas y que quiero que se las considere como no proferidas.

José Zouilla.

Madrid 1.º de Enero de 1849.

